



RUSIA: FRENANDO EL DECLIVE POSTSOVIÉTICO

Mónica López

Universidad Autónoma de Madrid

Resumen

Desde el siglo XVIII y significativamente por su participación en las guerras napoleónicas, Rusia ha venido desempeñando un papel muy activo en la historia europea y universal. Y en contra de las predicciones marxistas iniciales –que en vez de un proletariado industrial suficientemente fuerte veían un vasto campesinado–, el Imperio de los Zares se convirtió en el primer país en instaurar el sistema de inspiración comunista tras la revolución bolchevique de 1917, con un proceso de planificación central lleno de dificultades. Y que no obstante algunos grandes éxitos políticos (la derrota de la Alemania nazi en 1945) e incluso tecnológicos (el *Sputnik* en la primera fase de la carrera espacial), se desintegró en 1991, con la fragmentación de la URSS. Siguió un largo periodo de transición de Rusia hacia el sistema de economía de mercado; que sólo en la segunda década del siglo XXI está comenzando a superarse, aunque todavía con muchas incertidumbres políticas. Y con una estructura económica de país eminentemente exportador de energía y materias primas, y no de alta tecnología, al modo de EEUU y como también sucede ya con China.

Abstract

Since the 18th century, and especially because of its participation in the Napoleonic Wars, Russia has played an important role in the European and the Universal history. And against all Marxist forecasting –the country without a great industrial proletariat had a vast peasantry–, the Czarist Russia was the first country to attempt the building of a communist system, after the Bolshevik revolution of 1917; through a process with all kind of difficulties. And in spite of some political and technological successes (the great victory against the Nazi Germany, 1945, and the Sputnik, 1957, in the first stage of the spatial race), the disintegration of the Soviet Union opened the return of Russia to capitalism. Along a complicated transition periods, that only at present could be completed. Although with a very negative feature: Russia appears in the international markets mainly as a big exporter of energy and raw materials. But not in the technological sphere, as it happens with the USA and to a large extent already with China.

1. El primer estado socialista de la historia

En 1985, la URSS, con 22,4 millones (en lo sucesivo, M) de kilómetros cuadrados, era el país mayor del mundo, más del doble del que le seguía en extensión (Canadá, 9,9 M). Por su población –278 M de habitantes– ocupaba el tercer puesto mundial, después de China y de India.

Desde el punto de vista económico, la URSS era la segunda potencia mundial, detrás de EEUU, con un PIB difícil de cifrar en los términos de Contabilidad Nacional convencionales en el mundo capitalista, pero que se estimaba en 1985 en 1,732 billones de dólares, más o menos el 44 por 100 del PIB de los EEUU. Ello situaba a la URSS en términos de PIB *per cápita* en 6.230 dólares.

En 1992 ese inmenso imperio, había dejado de existir; al disgregarse en la forma que veremos en artículo. Sin embargo, como la URSS ha sido una experiencia única en la historia, le dedicaremos un amplio espacio para poder apreciar cuál fue su evolución¹.

Lo que hasta 1991 se llamó URSS, territorialmente casi idéntica al Imperio de los zares, era en 1914 la quinta potencia económica mundial (detrás de EEUU, Reino Unido, Alemania y Francia). Pero en comparación con esos cuatro países, la economía rusa mostraba muchas insuficiencias, con muchas de las características propias de los PVD. Con rasgos de un fuerte dualismo: vestigios de feudalismo en paralelo a una alta concentración

¹ Ramón Tamames, *Un nuevo orden mundial*, Espasa-Calpe, Madrid, 3ª edición, Madrid, 1991.

capitalista en el sector industrial. Y con un régimen político autocrático, con influencias teocráticas, y altamente corrompido en su funcionamiento².

El particular desarrollo del marxismo en la última fase de la Rusia zarista, la insistencia leninista en el concepto de dictadura del proletariado, y la formación de un potente partido comunista bolchevique dispuesto a hacer la revolución, para trastocar por completo el sistema político, económico y social, se vieron favorecidos en sus propósitos por las condiciones objetivas creadas por la primera guerra mundial (PGM, 1914-1918).

La estructura oligárquica, y la falta de organización del inmenso Imperio —«el gigante de pies de barro»—, se pusieron de relieve en esa contienda universal. Los reveses militares, el desmoronamiento de la producción y el caos social resultante —junto con las aspiraciones reformistas de determinados grupos políticos y la presión revolucionaria bolchevique apoyada por el proletariado industrial y el campesinado—, se tradujeron en una primera onda revolucionaria, la de febrero de 1917: la revolución burguesa, que destronó a los zares, que fundó la República, y que intentó introducir el parlamentarismo. Pero que no hizo —porque sus dirigentes no estaban en esa postura— las dos cosas que el pueblo anhelaba más ardientemente: terminar la guerra y llevar a cabo las reformas sociales.

El gobierno republicano presidido por Kerenski cayó a sus ocho meses de vida, en octubre de 1917, por la revolución bolchevique. «Paz con Alemania y todo el poder a los Soviets», era la doble aspiración que fue engendrando la disociación entre las medidas del gobierno Kerenski y las masas de Petrogrado, Moscú y otras grandes ciudades.

Al frente de las tendencias revolucionarias se situaba, como grupo más disciplinado y mejor organizado, el partido bolchevique dirigido por Lenin, Trotski, y toda una pléyade de figuras (Kamenev, Zinoviev, Stalin, Kalinin, Molotov, Voroshilov,

Bujarin, etc.). Ese fue el motor de lo que se inició en la madrugada del 25 de octubre de 1917 (según el calendario juliano ruso; el 7 de noviembre por el gregoriano), cuando los bolcheviques dieron el definitivo asalto al poder. De esta forma se constituyó el primer Estado pretendidamente socialista del mundo, que pocos años después iba a ser oficialmente designada como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, URSS o Unión Soviética.

La formación económica de la URSS, o más bien la construcción de su nuevo sistema económico y social, fue larga y costosa en recursos materiales y vidas humanas; y a lo largo de ese proceso, surgieron los inevitables elementos imprevisibles de toda verdadera revolución. De forma esquemática, tal desarrollo cabe comprenderlo en tres fases: Comunismo de Guerra, Nueva Política Económica (NEP) y Planificación central³.

2. El comunismo de guerra y la NEP

La efectiva nacionalización de la tierra, de toda la industria, del comercio y de la banca, se llevó a cabo en los primeros meses después del triunfo de la Revolución de Octubre en 1917; en el territorio que controlaban los bolcheviques.

La guerra civil y la intervención extranjera que siguió a la Revolución agravaron la situación del sistema productivo, ya muy afectado por la guerra con Alemania y Austria-Hungría. De hecho, la economía sólo siguió funcionando por un cierto instinto de supervivencia, y sobre todo por la energía de los bolcheviques, que no estaban dispuestos a perder lo conquistado en su victoria revolucionaria⁴.

³ Para una historia breve sobre la URSS, puede verse la obra de Jean Bruhat *Histoire de l'URSS*, PUF, París, 1958, con abundante bibliografía. Desde el punto de vista económico, el autor occidental que hizo una contribución global de mayor interés en los años 60 fue Alec Nove, *An Economic History of the URSS*, Penguin, Londres, 1969.

⁴ Una de las pocas contribuciones españolas en relación con el período del comunismo de guerra en la URSS es la de Juan A. García Díez, *URSS, 1917-1929: de la revolución a la planificación*, Guadiana de Publicaciones, Madrid, 1969.

² El libro de diversos autores, editado por A. E. Adams, *Imperial Russia after 1861*, Heath, Boston, 1965, es de interés para el período 1861-1917.

Dentro del período del Comunismo de Guerra (1917/21), ya hubo algunos primeros intentos de planificación, a través de la *Vershenka* o «Consejo Supremo de la Economía Nacional» creado inmediatamente después del 25 de octubre de 1917, pero cuyos efectos se vieron diluidos en los agitados acontecimientos de esos años de lucha, improvisación revolucionaria, y convulsiones de todo tipo que han quedado registradas en la historia, en la literatura y en el cine⁵.

Tras la terminación de la guerra civil y la intervención militar de británicos, franceses y norteamericanos, en 1921, por decisión personal de Lenin se formuló la «Nueva Política Económica». La guerra había dejado extenuado al conjunto del sistema productivo, a lo cual se unió la cosecha desastrosa de 1921, que originó no sólo hambre sino también el brote de enfermedades y epidemias, que junto con la despoblación del campo, causaron un fuerte descenso en la producción agrícola del que era, en 1900, uno de los mayores exportadores de grano del mundo⁶. La inflación, que habría de perdurar hasta bien entrado 1924, sucedió a los primeros y frustrados anuncios de eliminación del dinero, en tanto que las exacciones fiscales en especie fueron el origen de levantamientos campesinos. Por otra parte, la falta de víveres en los centros urbanos y las tensiones entre las tendencias anarquistas del sindicalismo revolucionario y el monopartidismo bolchevique, originaron un primer levantamiento dentro de la propia revolución, el de los marinos de Kronstadt.

La NEP surgió como una necesidad ante tal cúmulo de problemas: para inyectar realismo en un sistema productivo que se derrumbaba por la asfixia que le producían las exigencias socializantes. Así las cosas, la NEP se tradujo en una serie de medidas de tolerancia: autorización de las empresas privadas en actividades artesanas y

pequeña industria; supresión del monopolio del comercio interior y aceptación del resurgimiento de los comerciantes; concesiones al capital extranjero; mayor disponibilidad de su producción por parte de los agricultores medios (*kulaks*); y reforma monetaria, febrero de 1924, realizada bajo la dirección del enérgico del ministro de Hacienda Sokolnikov, que igualmente consiguió el equilibrio presupuestario. Por tanto, la NEP fue un planteamiento pragmático de economía mixta, de minoración de los proyectos de socialización integral, a fin de permitir una razonable y necesaria recuperación del sistema productivo.

Esta nueva política recibió sus primeras críticas en 1924, después de la muerte de Lenin (21 de enero de 1924), siendo Trotski y Preobrazhensky quienes pusieron de relieve que se estaba beneficiando demasiado a los comerciantes y a los *kulaks*, corriendo así el riesgo de apoyar a una nueva burguesía, a los «hombres de la NEP». Al propio tiempo, sus críticas iban dirigidas contra el lento esfuerzo de industrialización, necesario tanto para mantener el socialismo frente a amenazas exteriores, como para apoyar la futura revolución mundial. Ambos dirigentes, claramente antiestalinianos, fueron excluidos del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en noviembre de 1927, marcándose así el final de la libre discusión de los problemas. Desde entonces, el poder de Stalin no dejaría de crecer: en vez de dictadura del proletariado, no hubo ni siquiera la del partido; sólo la de su secretario general.

3. Los primeros planes quinquenales y la colectivización de la agricultura

Aunque es difícil precisar en qué momento dejó de operar realmente la NEP y cuándo comenzó la planificación de la URSS, lo cierto es que en noviembre de 1926, en el XV Congreso del PCUS, se exigió volver a proyectar una socia-

⁵ *El doctor Zhivago*, de Boris Pasternak, es una buena muestra literaria; *Diez días que estremecieron al mundo*, un reportaje sobre el libro de John Reed, fue llevado a la pantalla en 1981 (*Reds*).

⁶ Heidi Beha, «Tiempo de cosecha», *Rusia hoy*, 23 de noviembre de 2011.

lización integral en un marco de planificación. Al año siguiente, en 1927, se encargó al *Gospplan* (la Sección de Planificación de la *Vershenka*) la función de preparar lo que habría de ser el Primer Plan Quinquenal, que fue aprobado en mayo de 1929 (para el período 1928-1932), cuando ya se había alcanzado el nivel de producción de preguerra, de 1913. En diciembre del mismo 1929 fue decidida la liquidación de los *kulaks* como clase, mediante la colectivización integral –y forzosa– de todas las explotaciones agrícolas⁷.

El Segundo Plan Quinquenal (1933-1937) fue cumplido en mayor grado que el primero, por haber sido más ajustado, y los resortes del poder soviético –sometidos a la férrea disciplina del estalinismo, que en esta época empezó a recurrir sistemáticamente a las «purgas» dentro del partido– respondían ya con mayor precisión. El PIB –al menos según la contabilidad bolchevique– se dobló entre 1932 y 1937, y los progresos en materia de educación y formación técnica fueron importantes. La implantación de los grandes *kombinats* industriales fuera de las antiguas áreas fabriles del Oeste, y más concretamente en los Urales y en Siberia Occidental, habrían de permitir la defensa de la URSS durante la invasión alemana de junio de 1941, que interrumpió la realización del Tercer Plan Quinquenal (1938-1942).

4. La Gran Guerra Patria, 1941-1945 y la reconstrucción

La segunda guerra mundial (SGM) tuvo para los pueblos y la economía de la URSS consecuencias dramáticas, difícilmente exagerables⁸. Las muertes civiles y militares ocasionadas durante la contienda se cifraron en 20 millones de personas, lo cual se dejó sentir entonces en una fuerte caída

del coeficiente de natalidad. Económicamente se estimó que con base 100 en 1940, la Renta Nacional de la URSS descendió a 92 en 1941 y 66 en 1942, para volver a crecer a 74 en 1943 y 88 en 1944. Las consecuencias en la producción agrícola, también fueron devastadoras. En cualquier caso, con la victoria militar sobre la Alemania nazi, Stalin quedó como dirigente indiscutible⁹. Como también la victoria consolidó, el sistema soviético, que comportó la expansión de su influencia en toda Europa Oriental, facilitando, además, la revolución en China.

La tarea de reconstrucción fue una segunda victoria casi tan impresionante –y tan dura– como la conseguida en los frentes de batalla. Con base 100 en 1940, la Renta Nacional que en 1944 se situaba en 88, con el Cuarto Plan Quinquenal, se previó que crecería hasta 138 en 1950, pero se llegó a 164. De fábricas en los territorios ocupados por el Ejército Rojo (incluso en Manchuria y Corea del Norte); se percibieron reparaciones pagadas por los países enemigos (Alemania, Austria, Hungría, Rumania, Japón), hubo acuerdos comerciales prácticamente impuestos por los soviéticos muy favorables a la URSS, así como sociedades mixtas creadas en los países vencidos con participación soviética.

El desarrollo económico siguió produciéndose a un ritmo similar durante el Quinto Plan Quinquenal (1950-1954), que coincidió casi con los últimos años de Stalin (muerto en marzo de 1953). De hecho, ya estaba planteado lo que no tardó en llamarse «el reto soviético», que en base a un rápido crecimiento pretendía alcanzar a EEUU en producción y en potencial bélico¹⁰.

⁷ La obra de Isaac Deutscher *Stalin* (Penguin, Londres, 1966) es quizá la más ponderada sobre el gran revolucionario y autócrata. El papel de Stalin en la SGM es una de las partes de mayor interés de este –como todos los suyos– gran libro de Deutscher.

⁸ Robert W. Campbell, *Soviet Economic Power. Its Organization, Growth and Challenge*, Houghton Mifflin Company, Cambridge, Mass., 1960. En este libro había plena conciencia de lo que ese reto (*Challenge*) representaba. Sobre la era Kruschev, son de interés sus memorias, *Remembers*, versión inglesa, Bantam, Nueva York, 1971.

⁷ Estas estimaciones, así como las análogas para los subsiguientes planes quinquenales, proceden de la obra de A. Nove citada en la nota 3.

⁸ Entre la extensa bibliografía al respecto, hay que citar por lo menos la obra de Alexander Werth, *Russia at war*, Barrie and Rockliff, Londres, 1964.

5. Luces y sombras de la era Kruchev

Después de la transición relativamente breve de Malenkov (marzo de 1953-febrero de 1955), el viejo dirigente revolucionario ucraniano Nikita Kruchev compartió durante algún tiempo el poder con Nikolai Bulganin. Sin embargo, de nuevo pasó a concentrarse el poder de decisión en un solo dirigente—Kruchev— durante casi nueve años, un periodo del que seguidamente destacamos los hechos económicos más importantes:

- *Roturación de las tierras vírgenes.* Para resolver «definitivamente» los problemas de abastecimientos, se planeó que entre 1954 y 1960 habrían de ponerse en cultivo 41 millones de hectáreas de nuevas tierras, en una amplia franja desde el Volga hasta el Obi, fundamentalmente al Sur de la Siberia Occidental y en todo el norte de Kazajstán¹¹.
- *Disolución de las MTS* (estaciones de tractores y máquinas) en 1958 y venta de su maquinaria a los *koljoses* y *sovjoses*. La medida supuso una menor intervención centralizadora en la agricultura, y la mejor dotación de equipo a las explotaciones agrícolas cooperativas y del Estado.
- *Aumento de la dimensión de koljoses y sovjoses.* Tras una serie de operaciones de concentración, pasó a haber 36.900 *koljoses* con 231,6 M ha (con 6.300 Ha de promedio) y 11.602 *sovjoses* con una extensión de 300,8 M ha (con un promedio de 25.900 ha).
- En 1957 se llevó a cabo una reforma de la organización industrial, suprimiéndose gran número de ministerios (organizados

hasta entonces por ramas industriales), para pasar a la creación de más de un centenar de consejos económicos regionales (*sovnarjoses*), con propósitos de descentralización, que paulatinamente fueron perdiendo fuerza.

- Adopción, en febrero de 1959, del Plan Septenal (1959-1965) para pasar en la Renta Nacional de un índice 100 en 1958 a 162-165 en 1965.
- El 4 de octubre de 1957 la URSS colocó en órbita el primer satélite artificial de la Tierra (*Sputnik*). De hecho, hasta 1967 la Unión Soviética se mantuvo por delante de EEUU en la carrera espacial.

En octubre de 1964, los problemas económicos y de política exterior (crisis cubana y chino-soviética) provocaron la caída de Kruchev y la apertura de una nueva etapa, de gobierno inicialmente colegiado: centrado en torno a la «troika» Bréznnev, Kosiguin, y Podgorny, en la que gradualmente Bréznnev fue adquiriendo el absoluto protagonismo.

6. Un socialismo anquilosado

A lo largo de los anteriores apartados hemos hecho un examen de la evolución que hasta 1964 siguió la URSS. Habría que aludir también a la política emprendida en 1965, de mayor autonomía de las empresas, de mejor organización industrial a base del control de costes y beneficios, de estímulos para aumentar la productividad del trabajo, etc. Sin embargo, esa nueva política que se inició con una amplia polémica en la que participaron Liberman, Nemtchinov, etc.¹², no dio los resultados apetecidos;

¹¹ Como trabajo de síntesis sobre el tema, puede verse Frank A. Durgin, «The Virgin Lands Program, 1954-1960», en *Soviet Studies*, vol. 13, núm. 3, enero 1962, págs. 255-280. Con otro carácter, la narración autobiográfica de Leónidas Breznnev, *Tierras Vírgenes*, versión española, Editorial Progreso, Moscú, 1978.

¹² En lengua española hay tres recopilaciones de esta discusión: una primera de ICE (diciembre de 1964), otra publicada por Ariel (Liberman, *Plan y beneficio en la economía soviética*, Barcelona, 1968), y otra más amplia editada por Oikos-Tau (*Planificación del socialismo*, Barcelona, 1967).

tal vez porque los planteamientos iniciales no se llevaron hasta sus últimas consecuencias. Por otra parte, a pesar de algunos retoques en el sistema de precios agrícolas, tampoco se alcanzó el nivel necesario de inversiones en el campo, ni la incorporación definitiva de la agroquímica.

El problema básico fue que los dirigentes de la URSS no supieron encontrar el modelo para desmontar el capitalismo, en pro de un socialismo con libertades. A ello se oponía, sin duda, el hecho de que la *sociedad sin clases* no había sido lograda. Por el contrario, surgieron «castas» de burócratas, jefes del Partido, del Ejército, etc., que se cooptaban entre sí para los puestos clave, y que no se sometían al duro juicio de una crítica democrática. Por otro lado, cualquier viajero en la URSS era capaz de apreciar las grandes diferencias de nivel de vida entre campo y ciudad, y entre unas regiones y otras.

No parecía que en la URSS hubiera posibilidad de retorno al capitalismo, como en cierto modo insinuaron Sweezy y, sobre todo, el economista francés Bettelheim. Sin embargo, tres voces soviéticas significadas, *disidentes* en la política oficial, lo plantearon al comenzar los años 70; la carta que el 19 de marzo de 1970 dirigieron al Secretario General del Partido (Breznev), al Jefe del Gobierno (Kosiguin) y al Presidente de la Unión (Podgorny). Los firmantes fueron Andrei Sajarov –Premio Lenin, y conocido generalmente como el «Padre» de la Bomba H soviética–, el también físico V. F. Turchin, y el historiador E. A. Medvedev. Difícilmente podría haberse hecho una síntesis como la que se hizo en ese texto sobre las condiciones del socialismo real existente en la URSS; de sus problemas y posibles salidas¹³.

«Es cierto que la URSS supera a EEUU –se decía– en producción de carbón y petróleo, pero

está muy a la zaga en cuanto a energía eléctrica; el atraso es aún mayor en la química y, sobre todo, en tecnología de ordenadores electrónicos. En cuanto al uso de éstos en la economía, la brecha es tan amplia que prácticamente resulta imposible medirla. Simplemente –decían los autores de la carta– vivimos en otra época.»

Años después, en los primeros de la década de 1980, las cosas no hicieron sino confirmar las previsiones, y los problemas desembocaron en los típicos del *socialismo realmente existente*¹⁴, y *el estancamiento* derivados de una planificación burocratizada e hipercentralista, que acababa ahogando cualquier iniciativa creadora, salvo en sectores muy concretos y especiales.

7. La URSS en la década de 1980: *perestroika* y *glasnost*

Los últimos años de Breznev, y el corto bienio de sus sucesores, Andrópov y Chernenko, significaron el punto culminante del burocratismo gerontocrático. Con la sucesión de Mijail Gorbachov, de 54 años, en 1985, en la secretaría general del PCUS pareció como si el rumbo de la URSS fuera a cambiar en la dirección tantas veces esperada de mayor bienestar, más autogestión, y nueva capacidad innovadora frente a la asfixiante planificación centralista. *Perestroika* (reestructuración) y *glasnost* (transparencia), fueron las dos palabras que trataron de resumir las reformas emprendidas en la URSS desde 1985 por el equipo Gorbachov, para modernizar y democratizar la economía y la sociedad.

¹³ Los principales pasajes de la carta fueron publicados en *Newsweek*, número del 13 de abril de 1970. De ese texto proceden nuestras transcripciones. El diario *ABC* dio su propia versión, en los números del 26 y 28 de abril de 1970, para el texto completo.

¹⁴ Rudolf Bahro, *Por un comunismo democrático. La alternativa a la crítica del socialismo realmente existente*, versión española, Materiales, Barcelona, 1979. También sobre esas previsiones en la realidad del régimen soviético, Michael Volensky, *La Nomenklatura*, con un prefacio de Jean Ellenstein, Belfond, París, 1980.

8. La difícil transición

La *perestroika* constituía una necesidad difícilmente discutible. Lo exigían, desde años atrás, las dificultades del sistema soviético: una planificación bloqueada por numerosas deficiencias de organización, y una pésima aplicación de los avances tecnológicos. Hasta el punto de que Andrej Amalrik —el primer disidente importante dentro de la URSS—, evocando la obra *1984*, de George Orwell, planteó en 1969, en el título de un polémico libro, la pregunta más dramática: *¿Sobrevivirá la Unión Soviética hasta 1984?*¹⁵

A poco de la obra de Amalrik, al año siguiente, en 1970, se publicó la «Carta de los tres» ya citada (Sajarov, Turchin y Medvedev). Y Sajarov, el principal de esa troika opositora, no regateó su apoyo a los cambios anunciados por la *perestroika*, a la que brindó su valioso apoyo como científico de valía y Premio Nobel de la Paz.

Sin embargo, a mediados de 1991, después de haber admirado tanto a Gorbachov, casi todos parecían propicios a contribuir a su caída. Como si un referéndum como el que ganó, en marzo de ese año, con más del 70 por 100 del voto emitido, y por el cual se aprobaron los principios básicos del futuro Tratado de Unión de Repúblicas Soberanas, fuera poca cosa.

En el verano de 1990, el *Grupo de los Siete* (G-7), en su reunión de Houston, Texas, a trancas y barrancas, por las dudas todavía de EEUU, decidió que la posible ayuda a la *perestroika* debería supeditarse no sólo a la prosecución de las reformas de democratización política, sino también a toda una serie de ajustes económicos. En ese contexto, el G-7 encomendó la preparación de un informe *ad hoc* a cuatro instituciones (Fondo Monetario Internacional, Banco Mundial, OCDE, y Banco Europeo de Reconstrucción y Desarrollo), que

¹⁵ Andrej Amalrik, *Sopraviviera l'Unione Sovietica fino al 1984?* (con un prefacio de Carlo Bo), versión italiana, Coines Edizioni, Roma, 1970.

trabajaron rápidamente, y que en diciembre de 1990 presentaron el resultado de sus pesquisas, recomendando, de forma muy convincente, el apoyo a la reestructuración soviética.

Pero a pesar del *Informe Houston*, se evidenció una cierta hibernación en los propósitos de apoyar a la *perestroika* en su más duro trance. Los problemas de nacionalismo a ultranza en los Países Bálticos y el Cáucaso, fueron sirviendo de excusa para retrasar el compromiso de la ayuda.

9. El desmoronamiento de la URSS

En medio de todas las dificultades imaginables de la *perestroika*, Gorbachov intentó mantener los rasgos básicos del sistema soviético. Sin embargo, los hechos fueron revelándose con tendencias muy distintas de las esperadas. La economía centralizada hacía agua por todas partes, debido a las expectativas de los programas de liberalización, la desaparición fáctica del plan quinquenal, y por una inflación brutal que fue afectando a todas las actividades.

De otra parte, el PCUS, profundamente dividido entre renovadores y conservadores, no encontró una vía de acción común; aparte de que la corrupción más generalizada fue invadiéndolo todo. De hecho, en vez de partido, lo que había, cada vez más, era una *nomenklatura* saprofítica: una yuxtaposición de toda clase de mafias, desprestigiadas entre una opinión pública desconcertada y empobrecida por el implacable declive del sistema productivo de bienes y servicios.

En cuanto a los intentos de mantener la Unión de Repúblicas Soviéticas, incluso con laxos vínculos confederales, la hoguera de los nacionalismos antirrusos, fue arrasando cualquier posibilidad. Todos querían mandar en sus propios territorios, en un ambiente insolidario; ante el cual, ni siquiera se pensó en recurrir a la fuerza del Ejército soviético, en el que acabaron haciendo mella los nacionalis-

mos; así como la desazón al dejar de ser las temidas fuerzas armadas de un gran Imperio.

Ese era el caldo de cultivo en el que, finalmente, el 19 de agosto de 1991, los elementos más conservadores del PCUS intentaron retomar el poder. Pero el golpe de Estado no aguantó ni tres días. Al final del 21 de agosto, los golpistas, desbordados por las multitudes, se dispersaban; dejando tras de sí el más absoluto vacío de poder, que Gorbachov ya no pudo recuperar. El gran antagonista fue el triunfante Boris Yeltsin, presidente de la Federación Rusa, héroe de los días de agosto contra el golpe. Y a mediados de diciembre, después de haber disuelto el PCUS, en la Conferencia de Minsk de presidentes de Rusia, Bielorrusia, y Ucrania, se acordaba la propia desaparición de la URSS nacida de la Revolución de Octubre de 1917.

Por mucho que ese desmoronamiento se disimulara con la configuración de la etérea «Comunidad de Estados Independientes» (CEI), lo cierto es que de ser una potencia mundial, frente a EEUU lo que quedó fue un mosaico de quince repúblicas en distanciamiento gradual entre sí. Y todo ello, en medio de cualquier clase de dificultades económicas. No sólo en la ex URSS, al ocuparnos de la transición de los países del Este de Europa sino también en los países de la órbita soviética en Europa, tras la disolución del COMECON, el deslucido émulo de la CE¹⁶.

10. Rusia ante su futuro

Desmoronada la gigantesca URSS, Rusia continuó siendo el más extenso país del mundo, pero, en su larga y difícil transición al capitalismo, se situó en el mar de problemas de una

fuerte tendencia inflacionista, a lo cual se agregó un auténtico colapso productivo. El dólar pasó a ser la verdadera moneda de cálculo, y el potente sector de las industrias militares se vino abajo. El problema era claramente de *ida y vuelta* de 70 años de cualquier clase de experiencias en pro de la socialización, con todas sus aberraciones, en la Rusia de la década de 1990, se puso en marcha un movimiento de signo contrario; revestido de toda suerte de dificultades.

Con la más fuerte discusión entre los partidarios de la *reforma rápida hacia el capitalismo*—Yeltsin y Gaidar fueron sus máximos exégetas—bajo un cierto protectorado norteamericano; y los que favorecían una *vía intermedia con un nuevo protagonismo internacional* en medio de toda clase de nebulosas. Eso parece ser lo que pretendían los Jasbulatov, Ruskoï, Chernomirdin y Primakov. En esa controversia, Yeltsin salió triunfante.

En el verano de 1993, Rusia se vio conmovida por la reforma monetaria. A partir del 7 de julio, sin previo aviso, el Banco Central retiró de la circulación todos los billetes soviéticos y los rusos emitidos hasta 1992; dejando sólo los puestos en circulación en 1993. La población formó largas colas ante las cajas de ahorro estatales para cambiar su dinero «antiguo» por el «nuevo». Con esa medida, muy criticada dentro y fuera del país, el Banco Central de Rusia intentó fortalecer la zona del rublo, y poner las bases para frenar la inflación.

Luego, en octubre de 1993, Yeltsin decretó la censura de prensa, el cierre del diario *Pravda*, y suspendió las actividades del Partido Comunista Ruso (PCR). El 6 de octubre retiró la guardia de honores ante el mausoleo de Lenin, en la Plaza Roja de Moscú. La ruptura con el pasado, en medio de todo un maremágnum socioeconómico, era total¹⁷. Y el derrocador de Gorbachov y desmantelador de la URSS, se convirtió en dueño y señor de todas las Rusias.

¹⁶ Alguna bibliografía sobre las secuencias de la evolución possoviética: Pilar Bonet, *Imágenes sobre fondo rojo*, El País/Aguilar, Madrid, 1992; Fernando Luengo, «La desintegración del bloque del Este», *BICE*, 4 de octubre de 1992, págs. 2929-2936; *Time* (7 de diciembre de 1992), «The Winter of Discontent»; David Remnick, *Lenin's Tomb: The Last Days of the Soviet Empire*, Random House, Nueva York, 1993; Carlos Garciamartín Alférez, «La convertibilidad del rublo», *BICE*, 11 de julio de 1993.

¹⁷ John Lloyd, «Convulsions of the body politic», *Financial Times*, 24 de diciembre de 1994.

11. La gran crisis financiera de 1998

Las previsiones transcritas sobre que *lo peor ya había pasado*, no se cumplieron. La realidad es que ya sin planificación, y todavía sin un mercado funcionando con un mínimo de eficacia, en 1993 Rusia entró en la vorágine económica: el proceso de privatizaciones se hizo a favor de los grupos mafiosos dispuestos a saquear el país, la economía productiva entró en declive (se calcula que el PIB de 1998 era un 40 por 100 menor que el de 1991), la moneda se vio sometida al proceso inflacionista más grave. A lo cual había de agregarse lo más importante: una población frustrada por las carencias, desigualdades, e incluso por lo más dramático en la vida cotidiana de millones de trabajadores: el retraso en el pago de sus miserables salarios.

Se entró así en el túnel de la más aguda inestabilidad financiera, y de nada sirvieron los 15.000 millones de dólares que el FMI prestó entre 1995 y 1997, ni la nueva *reforma monetaria* –para quitarle tres ceros a los rublos– que no frenó la inflación. Como tampoco las medidas tendentes a liberalizar mercados tuvieron efectos saludables, ni los prometidos ajustes fiscales llegaron a buen puerto al ser las grandes empresas las primeras que no querían pagar impuestos.

En ese contexto, verdadero *patio de monipodio*, las dificultades, lejos de paliarse fueron en aumento, y para frenarlas, el 20 de julio de 1998, el FMI se decidió a aprobar –en un intento de evitar la *debacle*– el pago de 4.800 millones de dólares como primer tramo de un nuevo crédito de 11.200 millones (completándose de este modo el monto total de 22.600 desde 1995). Pero tal ayuda *in extremis* no atajó los males del confuso y patético panorama, y la mayor parte de esos recursos del Fondo se utilizaron en una operación política y económicamente errada, en tratar de impedir la inevitable devaluación del rublo.

Los analistas no ocultaron sus dudas sobre la capacidad de Moscú de capear la tormenta monetaria, reavivada el jueves 13 de agosto de 1998, tras unos *consejos* del financiero George Soros que, en un artículo en el diario *Financial Times*, recomendó, frente a las dificultades del rublo, la creación de una agencia monetaria con base en el dólar o en el euro.

Así las cosas, el lunes 17 de agosto de 1998, el Gobierno y el Banco Central hubieron de reconocer la dura realidad: el margen máximo de fluctuación de la moneda rusa frente al dólar se amplió a la banda entre 6,5 y 9,5 rublos por dólar, frente a los 7,3 de antes. Y el Banco Central elevó el tipo interbancario del 150 al 250 por 100. Las autoridades, además, suspendieron por noventa días los pagos de la deuda a los no residentes.

Con esas medidas, Moscú pretendió frenar la fuga de capitales y aplacar la peor crisis desde 1991, en medio del clamor de los mercados que siguieron con nerviosismo las noticias de Moscú, a pesar de las inútiles llamadas a la calma de los desprestigiados dirigentes. En tales circunstancias, en los últimos días de agosto de 1998 se produjo la gran crisis: devaluación del rublo por sorpresa y suspensión del pago de la deuda exterior¹⁸. Esas dos decisiones, que nunca fueron justificadas técnicamente –dentro del confusionismo creciente del Gobierno de un Yeltsin cada vez más sumido en sus aficiones *vodkianas*–, crearon una auténtica carrera a la depreciación de la moneda rusa, e impulsaron la dolarización en medio de una fuerte inflación¹⁹. De manera que los depositantes en bancos y cajas de ahorro vieron caer en picado el valor efectivo de sus ahorros, para entrar en una crisis financiera, en 1998, casi total con quiebras financieras de todas clases.

¹⁸ Como enviado especial del diario *El Mundo*, Ramón Tamames tuvo ocasión de seguir de cerca la crisis, sobre la que informó en ese periódico con artículos los días 28, 29 y 30 de agosto de 1998.

¹⁹ No es extraño que en tales circunstancias apareciera en escena Domingo Cavallo para hacer su propuesta de siempre: dolarizar oficialmente la economía rusa (y la de Ucrania poco después) con una *caja de conversión*.

12. La era Putin

Pero aparte de las cuestiones coyunturales más o menos graves como las que acabamos de examinar, el problema ruso es que no se ha superado la descomposición del anterior sistema soviético. La transición, a pesar de lo feliz que se la prometieron algunos expertos foráneos —como Jeffrey Sachs, de la Universidad de Harvard, y el brillante economista Gregori Yavlinsky— cuando hablaban del paso de la economía centralizada a la de mercado, en una especie de *big bang* de sólo *500 días*, que no funcionó. La realidad es que la planificación fue desapareciendo, en tanto que los mercados emergentes no ofrecían ni seguridad, ni respetabilidad, ni fluidez. Por otro lado, en el sistema productivo fueron infiltrándose nuevas mafias de capitalistas salvajes, de manera que a la corrupción del régimen soviético, con su *nomenklatura*, le sucedió una nueva fase corrupta aún más generalizada; que indujo a la mayoría de la población al más profundo desánimo, todo ello combinado con las actuaciones de un gobernante errático y alucinado como Yeltsin; que el 31 de diciembre de 1999 renunció inesperadamente a la presidencia, de modo que con base en la nueva Constitución, su segundo de a bordo, Valdimir V. Putin se convirtió en presidente interino de la Federación de Rusia, ostentando simultáneamente el cargo que ya regentaba de presidente del gobierno.

Esa interinidad de Putin se convirtió en titularidad de presidente de la Federación con las elecciones del año 2000, siguiendo dos mandatos cuatrienales hasta 2008; para luego, entre 2008 y 2012 desempeñarse como presidente del gobierno, en lo que fue todo un ardid para llegar a un tercer mandato de presidente federal en 2012; tras ganar unos controvertidos comicios que le dieron, sorprendentemente, más del 60 por 100 del voto emitido.

Se abrió así un tercer mandato federal para Putin, ya de seis años en vez de cuatro, tras la correspondiente reforma constitucional *ad hoc*. De modo que el antiguo dirigente de la KGB previsiblemente regentará el país hasta 2018. Y luego, lo más seguro, es que haya un cuarto mandato hasta 2024. Por tanto, cabe hablar de una verdadera *Era Putin* (1999-2024)²⁰.

En su ejecutoria política, Putin ha sido acusado de continuismo de las viejas prácticas políticas rusas, en el sentido de que el único centro de las grandes decisiones sigue estando en el Kremlin. Y al igual que en la época comunista, en que el partido único dominaba todos los aspectos de la vida política y social del país, Putin controla su partido *Rusia Unida*, por lo cual lo más previsible es que las tradicionales y obsoletas formas de gobierno a la rusa se mantengan. Aunque ciertamente, muchas cosas están cambiando: la sociedad, a pesar de todo, es más abierta, y los jóvenes de 30 años han vivido en una Rusia postsoviética de mucha más libertad que antes, teniendo la posibilidad de viajar, leer, reunirse, y protestar; aunque todo eso funcione en una democracia de muchas limitaciones.

El analista Nicu Popescu sostiene que ahora «Rusia se encuentra más integrada en la escena internacional, a niveles individual y económico, y con una clase media mucho más fuerte». De manera que los participantes en las aludidas protestas constituyen ya una ciudadanía que espera cambios en el sistema. Entre otras cosas, porque ya no ven en Putin el equivalente al Zar —aunque a veces le denominen así—, como tampoco esa juventud le identifica con su pasado en la KGB. Lo que sí ven los jóvenes es un político de la nueva época, pero que no cumple con las expectativas de cambio que ellos anhelan; manteniéndose Rusia anclada en una autocracia, con grave estancamiento tecnológico, y en circunstancias económicas penosas para

²⁰ Ana Isabel Galeano Gutiérrez, «La nueva era Putin», *Gin Revista*, 11 de marzo de 2012.

la mayoría; en el mayor país del planeta, que tiene en los hidrocarburos y en una larga serie de materias primas más del 80 por 100 de su exportación.

De cara a su mandato 2012-2018, Putin busca la modernización a través de una política de rearme, pensando que es, por su componente tecnológica, la más adecuada para sus propósitos. Pero esa decisión es considerada por muchos como un paso atrás en la historia: tras los pasos dados para reducir el arsenal nuclear vía acuerdos con EEUU, podría resurgir una intencionalidad conflictiva de una renovada superpotencia frente a Washington DC y Pekín. Lo cual se relaciona con un desarrollo energético que permite a Rusia asegurarse su influencia en la UE, atraer capitales de petroleras norteamericanas (sobre todo Exxon), y seguir siendo abastecedor fundamental de China. Esto último en la idea de mantener un trato especial con la República Popular, en actitud compensatoria frente al poder de EEUU

En política exterior, otro de los grandes afanes de Putin es fortalecer la Comunidad de Estados Independientes, que relaciona a Rusia con los demás países exsoviéticos. Poniendo el énfasis en los otros dos Estados eslavos (Belarús y Ucrania), y en las promisorias repúblicas de Asia Central, especialmente Kazakstán. Se trata de una especie de intento de recuperar el antiguo contorno de la URSS, a instrumentar con una unión aduanera; que ya se ha logrado formar con Belarús y Kazakstán, y que está pendiente de la incorporación de las demás repúblicas centroasiáticas, pero con muy pocas posibilidades en cuanto a Ucrania. Desde Kiev, se vencen más del lado de la integración económica con la UE, opción que, sin embargo, parece poco verosímil, pues la propia UE acepta *de facto* que Ucrania, Moldova y el Cáucaso son zonas de influencia rusa. Descartándose definitivamente por Putin las pintorescas veleidades que Yeltsin tuvo de integrar su inmenso país en la UE.

Finalmente, destaquemos que tras muchos años de negociación, Rusia ya está en la recta final

para su ingreso en la OMC; lo que abriría nuevas posibilidades de comercio, al tiempo que el país se vería obligado a mejorar su propia industria en calidad y competitividad para resistir una competencia foránea mucho más fuerte²¹.

²¹ Otra bibliografía interesante y complementaria: Jack F. Matlock, Jr., *Autopsy on an empire. The American Ambassador's account of the collapse of the Soviet Union*, Random House, 1995; Richard Layard y John Parker, *The coming Russian Boom. A guide to new markets and politics*, Free Press, 1996; Peter Galuszka y Rose Brady, «The battle for Russia's wealth», *Business Week*, 1 de abril de 1996; Jim Rogers, «Avoid putting new money in an old empire», *Financial Times*, 6 de octubre de 1996; John Thornhill, «Russia to root out tax counter-revolutionaries», *Financial Times*, 12 de noviembre de 1996; Enrique Palazuelos, «Apertura e inserción exterior de la economía rusa», *Boletín económico de ICE*, número 2525, 8 de diciembre de 1996; Carroll Bogert, «Most likely to succeed», *Newsweek*, 23 de diciembre de 1996 (*Euroletter*, 20 de diciembre de 1996); Manuel Florentín, «Rusia/Estado prerrevolucionario. Gran parte de los rusos añoran el viejo orden de la Unión Soviética», *Tribuna*, 6 de diciembre de 1997; Chrystia Freeland, «Tidings of prosperity. Although capitalism has brought mixed results for ordinary Russians, most seem happy to embrace it», *Financial Times*, 6 de diciembre de 1997; «In search of spring. A survey of Russia», *The Economist*, 12 de julio de 1997; «Año nuevo, rublo nuevo. Los rusos deberán quitar tres ceros a su moneda a partir del 1 de enero», *Negocios*, 31 de diciembre de 1997; Diego Merry del Val, «Rusia devalúa un 30 por 100 el rublo y Yeltsin nombra a un ultraliberal, Boris Fiodorov, viceprimer ministro», *ABC*, 18 de agosto de 1998; Ramón Tamames (enviado especial de *El Mundo* en Rusia): «Del big bang a la quiebra» (28 de agosto de 1998); «Rusia y la Ley de Murphy: de mal en peor» (29 de agosto de 1998); «Rusia, entre el temor y la esperanza» (30 de agosto de 1998); John Thornhill, «Russia's shrinking options», *Financial Times*, 19 de agosto de 1998; Dur International Staff, «G7 says Russia must first help itself», *Financial Times*, 19 de agosto de 1998.